

# La Raspa Mágica

Charles Dickens

Ilustraciones de F. D. Bedford

Traducción de Susana Carral

RELATO  
SALIDO DE LA PLUMA  
DE LA SEÑORITA ALICE RAINBIRD  
DE SIETE AÑOS

F. D. D.  
de

Un rey que se gana malamente la vida como funcionario, un hada un tanto histérica y una niña de siete años, Alicia, son los protagonistas de este cuento de Charles Dickens que apareció por primera vez en 1868 en Estados Unidos. *La raspa mágica*, que su autor atribuyó juguetonamente a la pluma de la pequeña Alicia, contiene un final sorprendente con todo el humor y el genio narrativo característicos de Dickens. La presente edición (procedente de la biblioteca privada de Luis Alberto de Cuenca) pretende rendir homenaje al gran escritor inglés en el 200 aniversario de su nacimiento y respeta el formato y el diseño originales de la inglesa de 1921, ilustrada en blanco y negro y color por Francis Donkin Bedford, el mismo autor que se hizo cargo de los dibujos de la primera versión de Peter Pan.



Charles Dickens

# La Raspa Mágica

ePub r1.0

Titivillus 17.09.16

Título original: *The Magic Fishbone*

Charles Dickens, 1868

Traducción: Susana Carral Martínez

Ilustraciones: Francis Donkin Bedford

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





# La Raspa Mágica



## Prólogo

**Luis Alberto de Cuenca**

(De la Real Academia de la Historia)

VIAJAR A LONDRES EN LOS AÑOS SETENTA del siglo pasado era aventurarse en un mundo lleno de novedades y sorpresas de todo tipo, fundamentalmente bibliográficas. Ahora uno encuentra los mismos libros en cualquier parte del mundo civilizado, pero entonces las librerías londinenses estaban repletas de volúmenes que llegaban tarde —o no llegaban nunca— a España y que reflejaban el cambio de gustos estéticos que la sensibilidad *camp*, hegemónica en aquellas fechas, había impuesto en la Europa civilizada. La pintura victoriana, especialmente la de filiación prerrafaelista, invadía los mercados después de casi cien años de olvido, y los anaqueles de las apetitosas shops de los museos ofrecían monografías sobre los principales artistas de esa tendencia, a la vez que mil y un ensayos sobre la edad de oro del libro ilustrado e innumerables reediciones de esos libros a un precio irrisorio.

En el mismo viaje en que compré *The Lord of the Rings* de Tolkien en la tienda que tenía la editorial Allen & Unwin en Museum Street, compré, por libra y media, una de esas preciosas reediciones, editada en Londres por Frederick Warne & Co. —la misma firma editorial que lo auspició originalmente, allá por 1921—, ni más ni menos que *The Magic Fishbone / by Charles Dickens. / Illustrated by F. D. Bedford* (sin mención de fecha, pero circa 1975). Ahora, con motivo del segundo centenario del nacimiento de su autor (nacido en 1812 y fallecido en 1870), REINO DE CORDELIA ha tenido a bien incluir en su catálogo una traducción de ese libro, llevada a cabo de manera impecable por Susana Carral, que incluye, tal y como aparecen en el original inglés, todas y cada una de las deliciosas ilustraciones de Bedford. El resultado no ha podido ser más satisfactorio.

*The Magic Fishbone*, o sea, *La raspa mágica*, lleva un subtítulo tan

apócrifo como revelador: *Relato / salido de la pluma / de la señorita Alice Rainbird, / de siete años de edad*. Se publicó por vez primera en 1868, constituyendo la segunda parte de las cuatro de que consta la obra titulada *Holiday Romance o Novela de vacaciones*, en las páginas de la revista norteamericana *Our Young Folks* (Boston, Ticknor & Fields). El mismo año, pero en fecha posterior, apareció en Inglaterra y en las páginas de otra revista, *All the Year Round*, fundada por el propio Dickens y propiedad suya. El supuesto narrador de *La raspa mágica* es una niña cuyo nombre coincide con el de la princesa Alicia (*sic*, a la española), protagonista del cuento. La historia abunda en esos admirables detalles y en ese humor irrepetible que caracterizan el estilo narrativo del autor de *Oliver Twist*.

Dickens cobró mil libras de 1868 por su *Holiday Romance*, lo que indica a las claras el predicamento de que gozaba como escritor en Estados Unidos, donde había actuado con gran éxito como conferenciante a partir del 2 de diciembre de 1867, fecha en que inició su gira americana de lecturas públicas en un teatro de Nueva York. No sabemos en cambio lo que cobraría Francis Donkin Bedford de la editorial Frederick Warne & Co. por su trabajo como ilustrador de *The Magic Fishbone*. Pero estamos seguros de que también sería una cantidad importante. Conocemos, eso sí, la fecha del nacimiento (1864) y de la muerte (1954) de Bedford, y que publicó, entre otros libros ilustrados, *A Book of Nursery Rhymes* (1897) y *The Visit to London* (1902), y que, sobre todo, tuvo el honor de ilustrar, en 1911, la primera edición de *Peter and Wendy*, la inmortal novela de J. M. Barrie, y, en 1923, ese gran clásico dickensiano que es *A Christmas Carol*, cuya lectura sigue enriqueciendo nuestro espíritu cada Navidad.

De modo que para llegar a este libro se dieron varias afortunadas circunstancias: aquel viaje que hice a Londres en 1975, cuando compré la mencionada reedición de *The Magic Fishbone*; la propuesta de Frederick Warne & Co. a Bedford (o de Bedford a Frederick Warne & Co.) para que ilustrase la segunda parte del *Holiday Romance* de Charles Dickens, que acabó convirtiéndose en realidad en 1921; y *last, but not least*, el interés de REINO DE CORDELIA en conmemorar el segundo centenario del nacimiento de Dickens con alguna rareza del novelista de Portsmouth que no se encontrase en librerías.

Como curiosidad final, debo decir que puse en manos de Jesús Egido, en su calidad de director y propietario de REINO DE CORDELIA, otra edición ilustrada de *The Magic Fishbone* que se guarda en mi biblioteca, publicada

por The Saint Catherine Press and James Nisbet & Co. (Londres, 1911). La ilustradora era, en esta ocasión, S. Beatrice Pearse, menos conocida que Bedford pero no menos deliciosa. Fue Jesús quien eligió la edición ilustrada por Bedford para su celebración dickensiana. Después de comparar con atención ambas joyitas bibliográficas, creo que la decisión de Jesús ha sido la correcta.

Madrid, 29 de febrero de 2012





# La Raspa Mágica

Charles Dickens



Para Helen



Alice Rainbird  
siete años

Charles Dickens



RASE UNA VEZ un rey que tenía una reina; él era el más viril de los hombres, y ella la más hermosa de las mujeres. La profesión del rey era funcionario. El padre de la reina había sido médico en otra ciudad.

Tenían diecinueve hijos y no paraban de tener más. Diecisiete de los niños cuidaban del bebé; y Alicia, la mayor, cuidaba de todos. Sus edades iban desde los siete años a los siete meses.

Pero sigamos con nuestra historia.

Un día el rey iba camino de la oficina cuando se detuvo en la pescadería para comprar una libra y media de salmón —pero no de la parte de la cola— que la reina (una prudente ama de casa) quería que le enviaran. El Sr. Pickles, el pescadero, dijo:

—Desde luego, señor. ¿Alguna cosa más? Buenos días.





—¿Es usted el rey Watkins I? —preguntó la anciana.

—Me llamo Watkins, sí —respondió el rey.

—Padre, si no me equivoco, de la hermosa princesa Alicia —afirmó la dama.

—Y de otras dieciocho preciosidades más —replicó el rey.

—Y ahora va usted camino de la oficina —dijo la anciana dama.

Al rey se le ocurrió de repente que debía tratarse de un hada porque ¿cómo podía saber eso?



—Tiene razón —dijo la anciana, respondiendo a sus pensamientos—: soy el hada Marina, un hada buena. ¡Preste atención! Cuando vuelva a casa para

la cena, invite cortésmente a la princesa Alicia a comer parte del salmón que acaba de comprar.

—Es posible que no le siente bien —dijo el rey.

La anciana se enfadó tanto ante una idea tan absurda, que el rey se alarmó y le pidió disculpas humildemente.

—Oigo mucho eso de que «esto no le sienta bien o lo otro no le sienta bien» —dijo la anciana con el mayor de los desprecios—. No sea glotón. Creo que lo quiere todo para usted.

El rey bajó la cabeza al oír el reproche y dijo que no volvería a decir que una cosa no le sentaba bien a alguien.

—¡Entonces sea bueno y no lo haga más! —exclamó el hada Marina—. Cuando la hermosa princesa Alicia acepte compartir el salmón, como creo que hará, verá que deja una raspa en el plato. Dígale que la seque, la frote y la bruña hasta que brille como la madreperla, y que la cuide, porque es un regalo que le hago yo.

—¿Eso es todo? —preguntó el rey.

—No sea impaciente, señor —respondió el hada Marina regañándole severa—. No está bien interrumpir a las personas antes de que terminen de hablar. Eso lo hacen los adultos. Lo hacen continuamente.

El rey bajó la cabeza de nuevo y prometió no volver a hacerlo.

—¡Entonces sea bueno y no lo haga más! —exclamó el hada Marina—. Dígale a la princesa Alicia, con todo mi cariño, que la raspa es un regalo mágico que sólo puede usarse una vez. Pero que esa vez le proporcionará cualquier cosa que desee, *siempre y cuando la desee en el momento adecuado*. Ese es mi mensaje. Ocúpese de dárselo.

El rey empezaba a decir: «¿Puedo preguntar el motivo?», cuando el hada se puso totalmente furiosa.

—¿Quiere hacer el favor de portarse bien, señor? —exclamó mientras daba un pisotón— ¡El motivo de esto, el motivo de lo otro! ¡Siempre queriendo saber los motivos! ¡Pues no hay! ¡Hala! ¡A ver qué dice ahora! ¡Estoy harta de los adultos y de sus motivos!

El rey se sintió muy asustado por el arrebató de la anciana dama y dijo que lamentaba muchísimo haberla ofendido, y que no volvería a preguntar los motivos de nada.

—¡Entonces sea bueno y no lo haga más! —exclamó la anciana.

Con esas palabras el hada Marina se desvaneció y el rey siguió andando y andando hasta que llegó a la oficina. Allí escribió y escribió hasta que fue la hora de volver a casa. Luego invitó cortésmente a la princesa Alicia a compartir el salmón, como le había dicho el hada. Después de que la niña disfrutara mucho de la cena, el padre vio que en su plato había una raspa — como le había dicho el hada—, entonces le transmitió el mensaje y la princesa Alicia se ocupó de SECAR y luego se puso a FROTAR para después BRUÑIR la raspa, hasta que brilló como la madreperla.



A la mañana siguiente, cuando la reina se iba a levantar de la cama, exclamó:

—¡Oh, pobre de mí, pobre de mí! ¡Mi cabeza, mi cabeza!

Y se desmayó.

La princesa Alicia, que se encontraba en el umbral porque quería consultarle acerca del desayuno, se sintió muy alarmada al ver a su real madre en aquel estado e hizo sonar la campanilla para llamar a Peggy, que era el

nombre de su chambelán. Pero recordó dónde estaba el frasco de las sales, se subió a una silla y lo cogió; después se subió a otra silla junto a la cama y mantuvo el frasco de las sales pegado a la nariz de la reina; luego se bajó y cogió un poco de agua; y después se subió otra vez y humedeció la frente de la reina. Resumiendo: cuando el chambelán llegó, la buena de la mujer le dijo a la princesita:



—¡Mira que eres inquieta! ¡Ni yo lo habría hecho mejor!

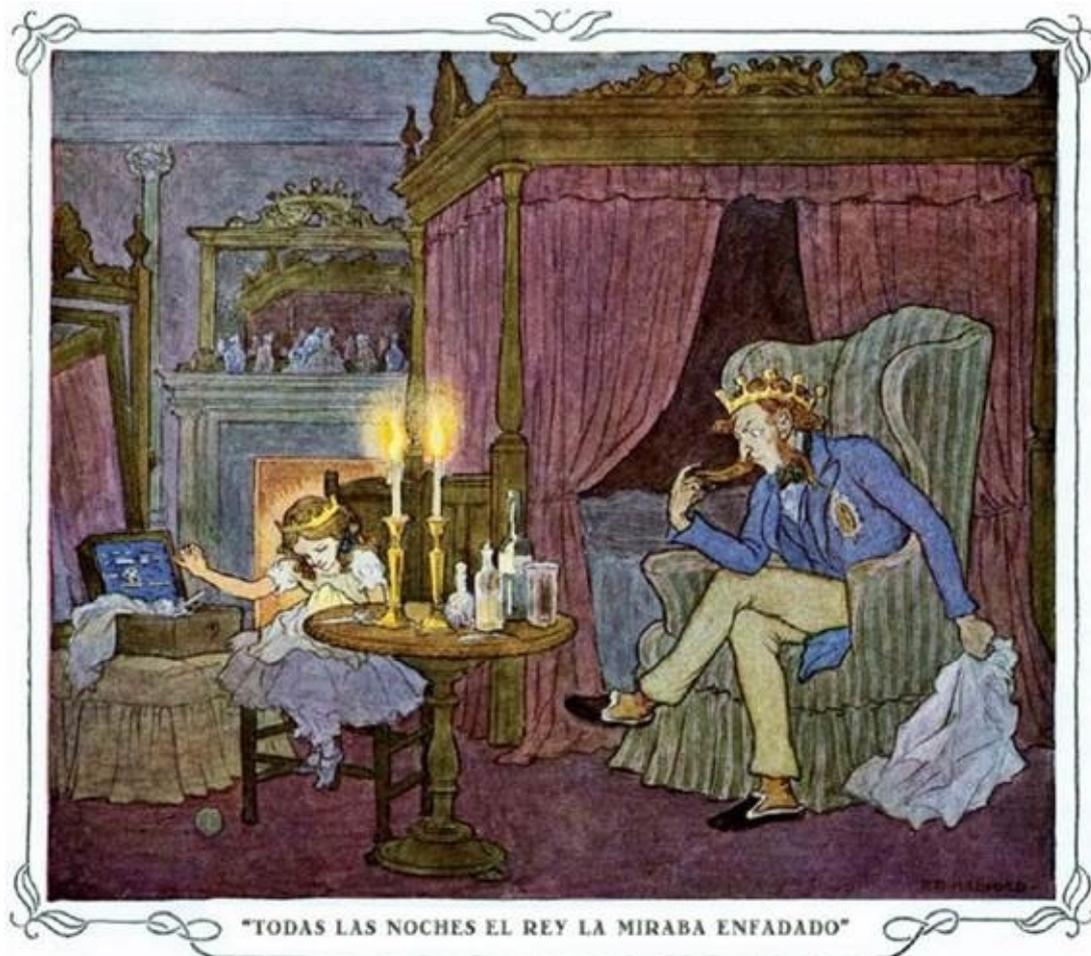
Pero la enfermedad de la buena reina no acabó así. ¡Oh, no! Estuvo muy enferma, y durante mucho tiempo. La princesa Alicia mantenía callados a los diecisiete príncipes y princesas, vestía, desvestía y mecía al bebé, ponía el agua a hervir en la tetera, calentaba la sopa, deshollinaba la chimenea, preparaba la medicina, cuidaba de la reina y hacía todo cuanto era capaz de hacer, por eso estaba muy, muy, pero que muy ocupada; y es que en aquel palacio no había demasiados criados por tres motivos: porque el rey andaba corto de dinero, porque el aumento de sueldo nunca llegaba, y porque faltaba tanto para el día de cobro trimestral que casi parecía tan alejado y tan pequeño como una estrella.



Pero, la mañana en que la reina se desmayó, ¿dónde estaba la raspa mágica? ¡Pues estaba en el bolsillo de la princesa Alicia! Casi la había sacado para devolverle la salud a la reina, pero la dejó en su sitio y fue a buscar el frasco de las sales.

En cuanto la reina se recuperó de su desvanecimiento y se durmió, la princesa Alicia corrió escaleras arriba para contarle un secreto especial a su amiga más especial y más querida, que era duquesa. La gente creía que era una muñeca, pero en realidad era duquesa, aunque nadie lo sabía, sólo Alicia.

Aquel secreto tan especial era sobre la raspa mágica, cuya historia la duquesa conocía bien porque Alicia se lo contaba todo. La princesa se arrodilló junto a la cama que ocupaba la duquesa, vestida de punta en blanco y totalmente despierta, y le susurró el secreto. La duquesa sonrió y asintió. Es posible que la gente crea que nunca sonreía ni movía la cabeza, pero lo hacía a menudo, aunque nadie lo sabía, sólo Alicia. Luego la princesa Alicia bajó de nuevo para hacer guardia en la habitación de la reina. Solía hacerlo ella sola, pero por las noches el rey la acompañaba. Y todas las noches el rey la miraba enfadado, preguntándose por qué la niña nunca sacaba la raspa mágica.



Tan pronto se daba cuenta, Alicia corría escaleras arriba, volvía a susurrarle el secreto a la duquesa y, además, le decía: «¡Los mayores creen que los niños nunca tenemos motivos o razones para hacer las cosas!». Y la duquesa — aunque era la duquesa más elegante del mundo— le guiñaba un ojo.

—Alicia —le dijo el rey una noche cuando la niña se iba a dormir.

—¿Sí, papá?

—¿Qué ha sido de la raspa mágica?

—Está en mi bolsillo, papá.

—Creí que la habías perdido.

—¡Oh, no, papá!

—U olvidado.

—No, claro que no, papá.



Otro día, el horrible doguillo de la casa de al lado, que siempre quería morder a alguien, se lanzó contra uno de los principitos cuando, al volver de la escuela, esperaba en las escaleras de casa a que le abrieran la puerta. Del susto, el niño atravesó un cristal con la mano y sangraba y sangraba sin parar.



Cuando los otros diecisiete príncipes y princesas lo vieron sangrar y sangrar, también se asustaron y se pusieron a gritar todos a la vez. Pero la princesa Alicia fue cerrando, una por una, las diecisiete bocas y los convenció a todos para que se callaran porque la reina estaba enferma. Luego metió la mano del

príncipe herido en una palangana con agua fría, mientras diecisiete por dos, que son treinta y cuatro (anotamos el cuatro y nos llevamos tres), ojos la miraban, y repasó bien la mano en busca de cristales: por suerte no había ninguno. Después se dirigió a dos príncipes de piernas regordetas, que eran pequeños pero robustos, y les dijo:

—Traedme la real bolsa de los retales. Debo tijeretear, coser, recortar e ingeniármelas.



Los dos príncipes remolcaron y arrastraron la real bolsa de los retales, y la princesa Alicia se sentó en el suelo —con un par de grandes tijeras, aguja e hilo— y tijereteó, cosió, recortó y se las ingenió: hizo una venda, se la puso al niño, y le quedó muy bien. Cuando hubo acabado, vio que su padre el rey miraba desde la puerta.

—Alicia.

—¿Sí, papá?

—¿Qué has estado haciendo?

—Tijereteando, cosiendo, recortando e ingeniándomelas, papá.



—¿Dónde está la raspa mágica?

—En mi bolsillo, papá.

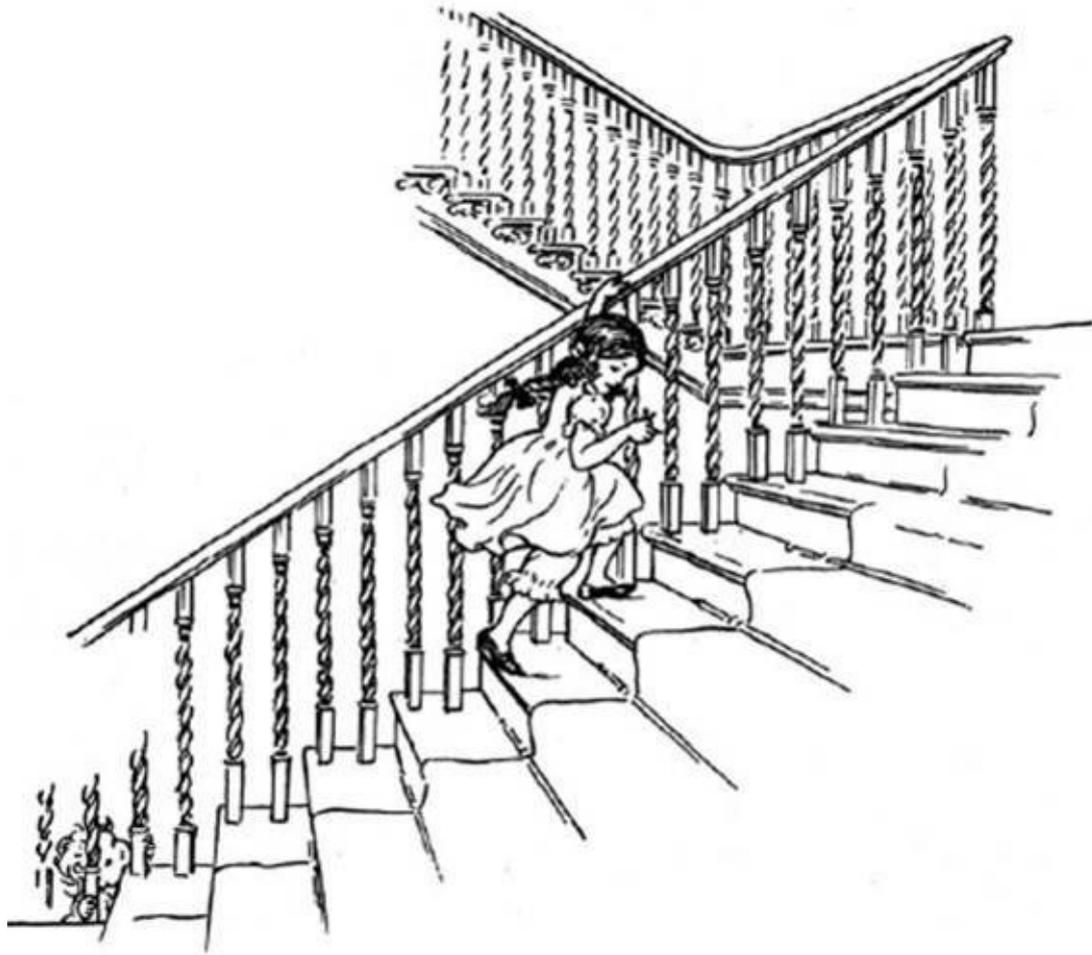
—Creí que la habías perdido.

—¡Oh, no, papá!

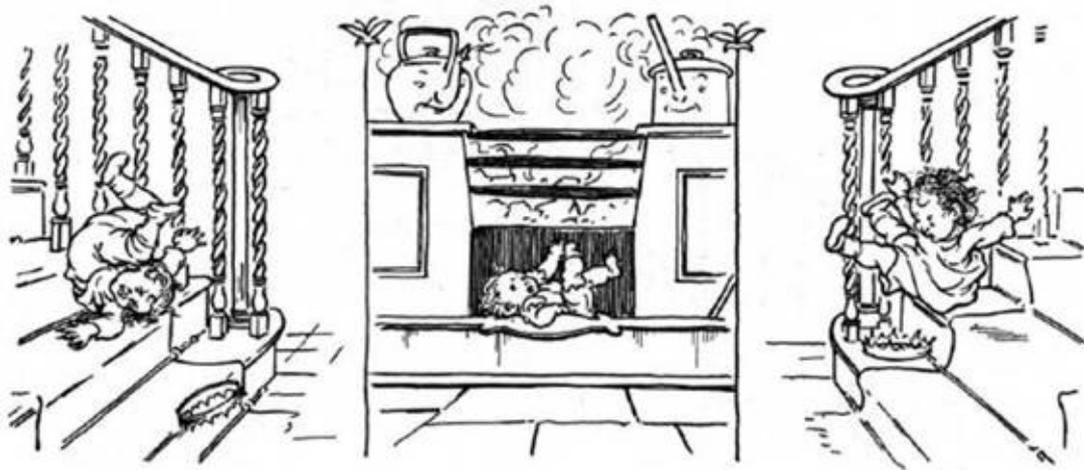
—U olvidado.

—No, claro que no, papá.

Después corrió escaleras arriba para ver a la duquesa, le habló de lo que había pasado y le volvió a contar el secreto. La duquesa sacudió sus rizos rubios y sonrió con sus labios color de rosa.



Y resultó que otro día ¡el bebé se cayó bajo la parrilla de la chimenea! Los diecisiete príncipes y princesas ya estaban acostumbrados, porque casi siempre se estaban cayendo bajo la parrilla o por las escaleras, pero el bebé aún no tenía la costumbre, así que se le hinchó la cara y se le puso un ojo morado. El motivo por el que se dio de bruces fue que resbaló desde el regazo de la princesa Alicia mientras ella estaba sentada, con un enorme y basto delantal que casi la cubría por entero, frente al fuego del hogar y empezaba a pelar los nabos para el potaje de la cena; y la niña se estaba ocupando de eso porque la cocinera del rey se había fugado aquella misma mañana con su amor verdadero, que era un soldado muy alto, pero muy achispado.



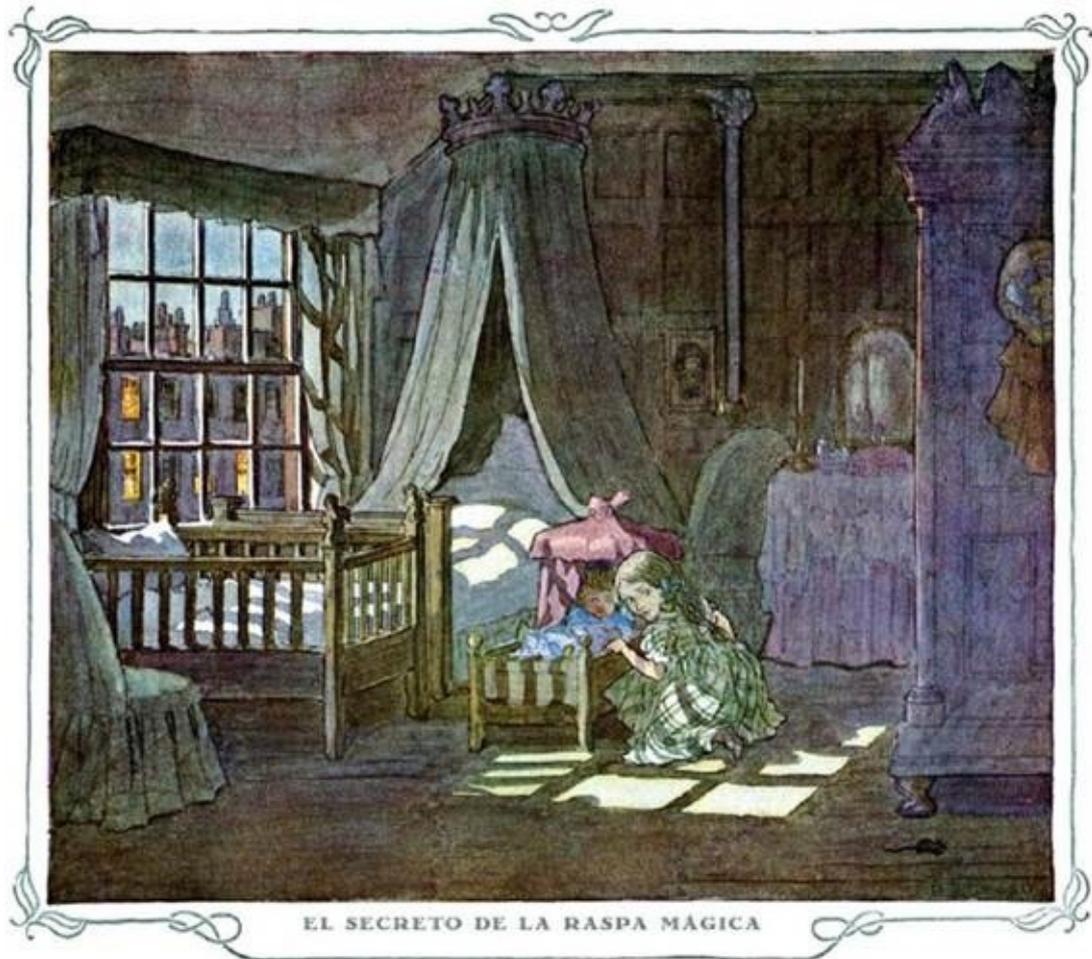
Entonces los diecisiete príncipes y princesas —que lloraban por todo— lloraron y gritaron. Pero la princesa Alicia (que no pudo evitar llorar un poquito) les pidió muy tranquila que se callaran para no preocupar a la reina, que se estaba recuperando muy bien, y les dijo:

—Cerrad la boca, pícaros diablillos, mientras examino al bebé.

Examinó al bebé y vio que no se había roto nada, le aplicó una plancha fría al ojo de su hermanito, le acarició la carita, y él acabó por quedarse dormido en sus brazos. Luego les dijo a los diecisiete príncipes y princesas:

—Me da miedo dejarlo, por si se despierta y le duele. Si sois buenos, podréis cocinar.

Al oírlo se pusieron a saltar de alegría y con los periódicos viejos se hicieron gorros de cocinero. A uno le dio la sal y a otra la cebada, a uno le dio las hierbas y a otra los nabos, a uno le dio las zanahorias y a otra las cebollas, a uno le dio las especias y a otra... así hasta que todos fueron cocineros, y todos se afanaban en hacer la cena, mientras ella permanecía sentada en el medio, con su basto delantal, cuidando del bebé.



EL SECRETO DE LA RASPA MÁGICA

Poco a poco quedó hecho el potaje. Y el bebé se despertó, sonriendo como un ángel, y quedó al cargo de la princesa más sosegada, mientras que los demás príncipes y princesas se apretujaron en el rincón más alejado para mirar cómo la princesa Alicia volcaba la cacerola llena de potaje, por miedo a que les salpicara y se quemaran (es que siempre se estaban metiendo en líos). Cuando el potaje pasó a la sopera, deliciosamente humeante y oliendo mejor que un ramillete de flores, todos aplaudieron. Eso hizo que el bebé aplaudiera también; y eso y su cara de tener dolor de muelas, tan cómica, hicieron reír a todos los príncipes y princesas. Entonces la princesa Alicia dijo:

—Reíd y sed buenos; y después de cenar le haremos un nido en un rinconcito, donde lo sentaremos para que vea bailar a dieciocho cocineros.



Eso hizo las delicias de los jóvenes príncipes y princesas, que se comieron todo el potaje, lavaron los platos y los cacharros, recogieron, y apartaron la mesa contra la pared. Luego ellos con sus gorros de cocinero y la princesa Alicia con el basto delantal de la cocinera que se había fugado con su amor verdadero que era un soldado muy alto pero muy achispado, bailaron un baile para dieciocho cocineros ante el bebé angelical, que se olvidó de su carita hinchada y de su ojo morado y balbuceaba feliz.



Y entonces, una vez más, la princesa Alicia vio al rey Watkins I, su padre, de pie en el umbral, mirándolos.

—¿Qué has estado haciendo, Alicia?  
—Cocinando e ingeniándomelas, papá.  
—¿Qué más has estado haciendo, Alicia?  
—Tener a los niños contentos, papá.  
—¿Dónde está la raspa mágica, Alicia?  
—En mi bolsillo, papá.  
—Creí que la habías perdido.  
—¡Oh, no, papá!  
—U olvidado.  
—No, claro que no, papá.

Entonces el rey suspiró tan profundamente, parecía tan desanimado, y se sentó tan triste, apoyando la cabeza en la mano y el codo sobre la mesa de la cocina que estaba contra la pared, que los diecisiete príncipes y princesas salieron sigilosamente de la cocina y lo dejaron solo con la princesa Alicia y el bebé angelical.



—¿Qué pasa, papá?  
—Que soy terriblemente pobre, hija mía.  
—¿No tienes dinero, papá?

—No, hija mía.

—¿Y no hay forma de conseguirlo, papá?

—Ninguna —dijo el rey—. Me he esforzado mucho y lo he intentado por todos los medios.

Cuando oyó esas palabras, la princesa Alicia metió la mano en el bolsillo donde guardaba la raspa mágica.

—Papá, cuando nos hemos esforzado mucho y hemos intentado algo por todos los medios, es que hemos hecho todo, todo, cuanto podíamos hacer ¿no es verdad?

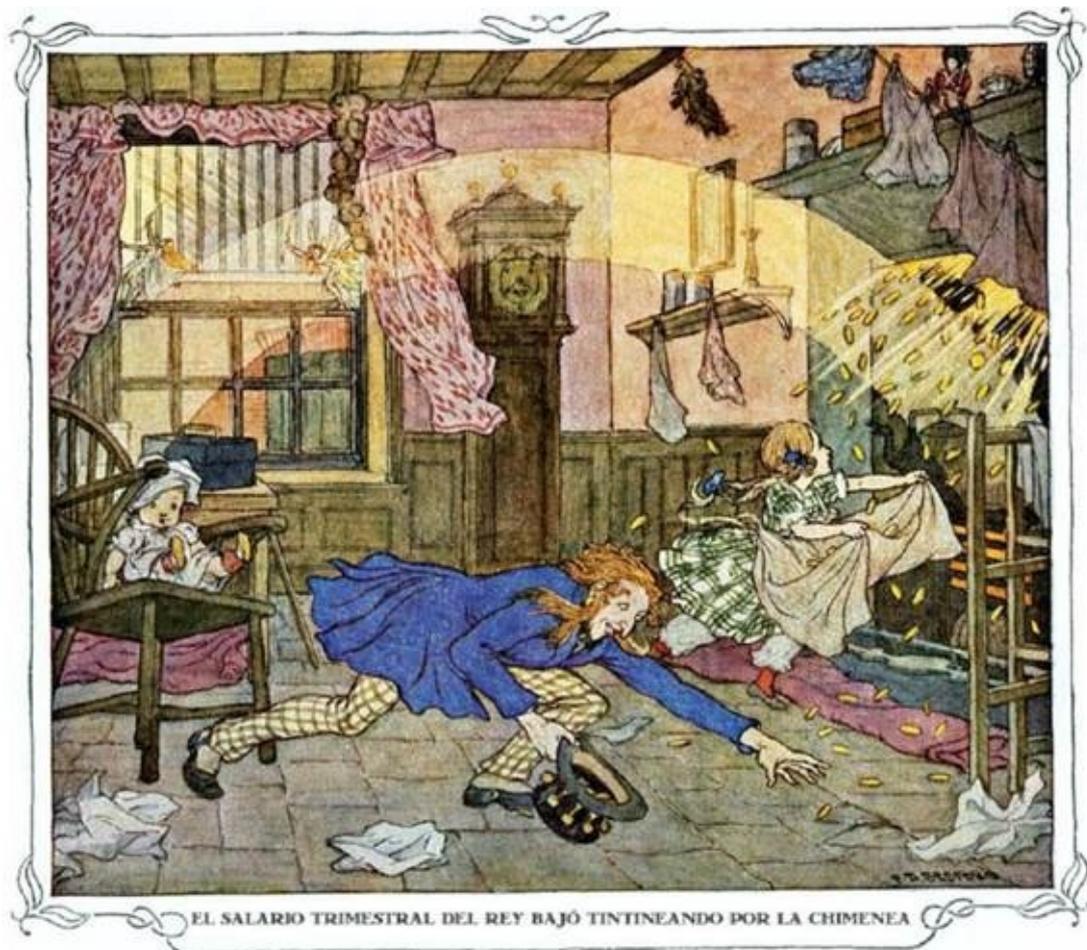
—Sin duda, Alicia.

—Pues cuando hemos hecho todo, todo cuanto podíamos hacer, papá, y no es suficiente, entonces creo que ha llegado el momento de pedir ayuda a los demás.



Aquel era el secreto relacionado con la raspa mágica, que ella sola había descubierto en las palabras de la buena hada Marina, y que tan a menudo le había susurrado a su hermosa y elegante amiga, la duquesa.

Así que sacó del bolsillo la raspa mágica, que ella había secado, frotado y bruñido hasta que brilló como la madreperla, le dio un besito y deseó que llegara el día de cobro trimestral. Inmediatamente fue el día de cobro trimestral y el salario del rey bajó tintineando por la chimenea y rebotó hasta el centro de la habitación.



Pero la cosa no quedó ahí, no, ni mucho menos. Porque inmediatamente después la buena hada Marina llegó en un carruaje tirado por cuatro pavos reales, haciéndole de lacayo el chico de los recados del Sr. Pickles, vestido de plata y oro, con sombrero de tres picos, el cabello empolvado, medias de seda rosas, bastón alhajado y un ramillete de flores. El chico del Sr. Pickles se bajó, con el sombrero en la mano y una educación exquisita (el encantamiento lo había cambiado por completo), y ayudó a bajar al hada Marina. Traía su vestido de seda tornasolada de la mejor calidad, olía a lavanda seca y se refrescaba con un abanico destellante.



—Alicia, querida —dijo la encantadora y anciana hada—, ¿cómo estás?

Tienes buen aspecto. Dame un beso.

La princesa Alicia le dio un abrazo. Luego el hada Marina se dirigió al rey y le dijo secamente:

—¿Se encuentra bien?

El rey dijo que eso esperaba.

—Supongo que *ahora* ya conoce el motivo por el que mi ahijada —Y volvió a besar a la princesa— no utilizó antes la raspa mágica —dijo el hada.

El rey inclinó la cabeza con timidez.

—¡Ah! Pero *antes* no lo sabía ¿verdad? —insistió el hada.

El rey inclinó la cabeza con más timidez aún.

—¿Quiere saber algún otro motivo? —preguntó el hada.

El rey dijo que no y que lo sentía mucho.

—Entonces sea bueno —dijo el hada— y vivan todos felices y coman perdices.

Luego el hada Marina agitó su abanico y la reina apareció espléndidamente vestida; y los diecisiete príncipes y princesas, a los que ya no les quedaba pequeña la ropa, aparecieron todos equipados de los pies a la cabeza, con ropa nueva llena de pinzas que permitirían agrandarla más adelante. Después, el hada tocó a la princesa Alicia con su abanico y el basto delantal que la cubría entera desapareció, dejándola exquisitamente vestida, como una novia en miniatura, con corona de azahar y velo de plata.



A continuación, el aparador de la cocina se convirtió en un armario ropero — hecho con las maderas más hermosas, oro y espejos— lleno de vestidos de toda clase, todos para ella y todos con sus medidas exactas. Luego, el bebé angelical apareció caminando solo: su ojo y su cara no habían empeorado sino

que habían mejorado muchísimo. Y el hada Marina pidió que le presentaran a la duquesa. Cuando bajaron a la duquesa, las dos intercambiaron toda clase de cumplidos.

El hada y la duquesa hablaron en voz baja y luego el hada dijo bien claro:

—Sí, imaginaba que ella habría confiado en usted.

Después se dirigió al rey y a la reina y les dijo:

—Vamos a buscar al príncipe Ciertapersona. Me complacería contar con su presencia en la iglesia dentro de media hora exacta.

De manera que ella y la princesa Alicia subieron al carruaje. El chico del Sr. Pickles les entregó a la duquesa, que ocupó sola el asiento de enfrente. Luego el chico del Sr. Pickles plegó las escalerillas, se subió detrás y los pavos reales echaron a volar con las colas sin desplegar.



El príncipe Ciertapersona estaba solo, comiendo caramelos y esperando a tener noventa años. Cuando vio los pavos reales entrar por la ventana seguidos del carruaje, de inmediato pensó que iba a ocurrir algo poco frecuente.

—Príncipe —dijo el hada Marina—. Traigo a tu novia.



En cuanto el hada hubo pronunciado esas palabras, la cara del príncipe Ciertapersona dejó de estar pegajosa por los dulces, su chaqueta y sus pantalones de pana se convirtieron en terciopelo color melocotón, su pelo se rizó y un sombrero adornado con una pluma llegó volando y se asentó sobre su cabeza. Subió al carruaje en respuesta a la invitación del hada y allí reanudó su amistad con la duquesa, a quien ya había visto antes.



En la iglesia esperaban los familiares y amigos del príncipe, y los amigos y familiares de la princesa Alicia, junto con los diecisiete príncipes y princesas, el bebé y un montón de vecinos. La boda resultó mucho más hermosa de lo que podamos imaginar. La duquesa fue la dama de honor y asistió a la ceremonia desde el púlpito, recostada sobre el atril.



Después el hada Marina ofreció un magnífico banquete de bodas, en el que había de todo y más para comer, y de todo y más para beber. La tarta nupcial estaba delicadamente adornada con lazos de raso blanco, plata escarchada y lirios blancos, y medía cuarenta y dos metros de circunferencia.

Cuando el hada Marina hubo brindado en honor de la joven pareja, el príncipe Ciertapersona hubo dicho unas palabras y todos hubieron gritado «¡Hurra! ¡Viva!», el hada Marina anunció al rey y a la reina que, en el futuro, habría ocho días de cobro trimestrales al año —en vez de cuatro—, excepto en los años bisiestos, que habría diez. Luego se dirigió a Ciertapersona y Alicia y les dijo:

—Queridos, tendréis treinta y cinco hijos, y todos serán buenos y hermosos. Diecisiete de ellos serán niños, y dieciocho serán niñas. El cabello de todos se rizará de forma natural. Nunca tendrán el sarampión y se habrán recuperado de la tos ferina antes de nacer.

Al oír tan buenas noticias, todo el mundo volvió a gritar: «¡Hurra! ¡Viva!».

—Y ya sólo falta —concluyó el hada Marina— acabar con la raspa mágica.

Se la sacó a la princesa Alicia de la mano y, al instante, se fue volando para colarse en la garganta del horrible doguillo de la casa de al lado —que siempre quería morder a alguien— y ahogarlo, hasta que murió en medio de fuertes convulsiones.





CHARLES DICKENS (1812-1870) nació en Portsmouth, el primogénito varón de un funcionario de la Armada Real. A los doce años, el encarcelamiento de su padre por deudas lo obligó a ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó como ayudante en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario del *Morning Chronicle*. Sus artículos, luego recogidos en *Escenas de la vida de Londres por «Boz»* (1836-1837), tuvieron gran éxito y, con la aparición en 1837 de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial. Novelas como *Oliver Twist* (1837-1839), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846). Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inició su época de madurez, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona y su favorita, en la que desarrolló algunos episodios autobiográficos; *La Casa lúgubre* (1852-1853); *La pequeña Dorrit* (1855-1857); *Historia de dos ciudades* (1859); *Grandes esperanzas* (1860-1861), y *Nuestro amigo común* (1864-1865). Murió en Gad's Hill, su casa de campo en Higham, en el condado de Kent.